

EL NACIMIENTO DE LA DEMOCRACIA CRISTIANA EN BÉLGICA: LA «JOVEN DERECHA» ANTE LAS AGITACIONES OBRERAS DE 1886

CUSTODIO VELASCO MESA
Universidad de Sevilla

Los años '80 del siglo XIX constituyeron, por muchos motivos, una fase de mutaciones en las relaciones sociales y económicas entre los diferentes grupos que componían las sociedades industrializadas europeas. Bélgica -más precisamente el eje Sambre-Mosa- se hallaba en esos años bien ubicada dentro del escalafón de regiones industrializadas. Era, de hecho, la región del continente que más tempranamente había aceptado la industrialización que venía de Gran Bretaña y la que más se aproximó al modelo británico¹. No es

¹ Recientemente los historiadores de la economía han insistido en ello. El cinturón industrial del Sambre-Mosa, que incluye los centros de Lieja, el Hainaut y el Boninage acogió con éxito todas las industrias clave de la Revolución Industrial: carbón, hierro, industrias mecánicas, algodón y lana, junto a otras basadas en el carbón y en una tecnología avanzada, tales como el vidrio y las industrias químicas. Como ha destacado Sidney Pollard, en cada uno de esos sectores, la región del Sambre-Mosa resiste razonablemente bien en términos de cronología y tecnología la comparación con cualquiera de las principales regiones industriales británicas, aunque no es el caso si se comparan los países en su conjunto. Lo que ocurre es que, de una forma un tanto incongruente, las comparaciones se realizan, por lo general, entre fronteras políticas sin tener en cuenta las especificidades regionales. Véase POLLARD, Sidney; *La conquista pacífica. La industrialización de Europa, 1760-1970*, Universidad de Zaragoza, 1991, p. 114. Sobre la opinión de que la Revolución Industrial arraigó en esta zona con más rapidez y firmeza que en otro lugar del continente véase, asimismo, DHONT, Jan; BRUWIER, Marinette; «La revolución industrial en los Países Bajos, 1700-1914» en CIPOLLA, Carlo; *Historia económica de Europa. El nacimiento de las sociedades industriales (2)*, Barcelona 1982, T. 4 (2), p. 341.

de extrañar que, en el contexto de la crisis económica y del tránsito a la Segunda Revolución industrial del último tercio del siglo fuese, asimismo, uno de los mayores focos de conflictividad obrera. Las agitaciones sociales de la primavera de 1886 en Lieja (que se hicieron extensibles al conjunto de Walonia y parte de Flandes), como las de Londres en Inglaterra o las de Decazeville en Francia pocos meses antes, fueron síntomas alarmantes de que «algo» estaba ocurriendo. Y ese «algo» —así lo entendían los propios coetáneos— sin duda tenía proporciones internacionales, similares a las del desarrollo de la industria². Conforme a ello, observadores de distintos horizontes ideológicos se apresuraron a llenar páginas en prensa, en opúsculos o en ediciones de mayor envergadura acerca de lo que ya nadie cuestionaba: el surgimiento de la «cuestión social», un problema sobre el que en realidad ya se venían realizando advertencias desde la anterior crisis de los años '40.

Por los acontecimientos que protagonizaron los obreros de Lieja a partir del 18 de marzo (fecha emblemática por cuanto se trataba de la conmemoración de la Comuna), 1886 quedaría grabado en la memoria colectiva como el «año terrible» en Bélgica³. La voluminosa documentación publicada por la prensa local durante las semanas posteriores a los sucesos apunta a la idea del restablecimiento de la «calma». Una «calma» aparente no obstante. De hecho, a medio y largo plazo aquellos acontecimientos tuvieron consecuencias que en ese momento eran imprevisibles para muchos coetáneos. Por una parte ocurrió que el gobierno, tras imponer la represión militar al objeto de mitigar los efectos de los disturbios, adoptara el 15 de abril de 1886 medidas inéditas: encargó la constitución de una Comisión para que realizara una encuesta oral a los obreros. ¿La finalidad?: estudiar las condiciones de trabajo de la clase obrera al objeto de

² «Le spectre rouge n'est pas une chimère —sostenía *La Meuse*. *Le spectre rouge, aujourd'hui même, montre sa face hideuse en Irlande et en France, en Russie et en Angleterre*». *La Meuse*, 25(?)..02.1886. En vísperas de los acontecimientos de Lieja, el 16 de marzo de 1886, *Le Hainaut*, diario católico de Mons, era sintomático a este respecto: «Il est impossible à quiconque réfléchi de ne pas être frappé de la simultanéité des grèves, des émeutes, des troubles socialistes qui éclatent en ce moment dans l'Europe entière et jusqu'au Etats-Unis. Ces attaques contre l'ordre social résultent évidemment d'une consigne générale, d'une organisation commune. Il y a une Franc-maçonnerie anti-sociale (...) car l'ordre sociale est lié à l'ordre moral basé lui-même sur la religion». *Le Hainaut*. «Grèves et socialisme»; 16.03.1886. Citado por BRUWIER, Marinette; «1886 en Wallonie, en AA.VV.; 1886. *La Wallonie née de la grève?*, Labor, Bruxelles, 1991, p. 108.

³ Así empezó a calificarlo el socialista Louis Bertrand: «elle est notre année terrible» afirmó en diciembre de 1886. BERTRAND, Louis; *La Belgique en 1886*, Bruxelles, 1886, p. 1. Sobre las agitaciones de 1886 en Walonia véase, especialmente AA.VV.; 1886. *La Wallonie née de la grève?*, Labor, Bruxelles, 1990.

elaborar un programa de reformas sociales⁴. Este segundo aspecto supuso una diferencia sustancial respecto a la encuestas realizadas con anterioridad, haciendo de esta iniciativa el embrión de una de las primeras legislaciones sociales del continente. No obstante las huelgas de 1886 habrían de tener efectos añadidos. Al margen de que iniciaron la consolidación del Partido Obrero Belga (POB) como partido de masas, en la medida en que supusieron la evidencia brutal de la existencia de una «cuestión social», aquellas agitaciones precipitaron las divisiones ya existentes en el seno de los dos partidos que hasta entonces se disputaban el monopolio del poder político. Del Partido Liberal se escindió un ala que fundó en 1887 el Partido Progresista, una formación que manifestó simpatías por una política económica más democrática, traducida en la voluntad de reglamentar el trabajo, realizar reformas fiscales o ampliar el régimen electoral a todo ciudadano que supiera leer y escribir. Por otro lado, en el Partido Católico (en el gobierno tras la legislatura de 1884) cristalizó una tendencia marcada por la acción social. Se trataba de la democracia cristiana, como empezaba ya a denominarse, la cual habría de tomar gradualmente distancia respecto a las directrices conservadoras que marcaba su partido, constituyendo uno de los principales y originarios focos desde los que se extendió el catolicismo social en Europa.

En relación a ello, mientras la Comisión de Encuesta realizaba en 1886 sus trabajos, los católicos se reunían en el que sería el primero de tres Congresos de Obras Sociales que tuvieron lugar en Lieja en los años 1886, 1887 y 1890. El objeto no era otro que el de

⁴ Se trataba de un decreto real que comprendía dos artículos. En el primero se especificaba que «il est institué un Comité chargé de s'enquérir de la situation du travail industriel dans le royaume et d'étudier les mesures qui pourraient l'améliorer». Como afirma Chlepner, se prefería hablar de trabajo en lugar de trabajadores. El segundo artículo nombraba 35 miembros de la Comisión, comprendiendo parlamentarios, altos funcionarios, economistas y publicistas. La Comisión, presidida por E. Pirmez, contó con dos socialistas, H. Denis y E. Picard quien dimitió rápidamente. Al inicio de su labor, A. Prins y H. Denis propusieron incluir a varios obreros en la citada Comisión. Se les respondió que patronos y obreros no serían jueces y partes en el seno de la Comisión. Pero las críticas no tardaron en llegar; *La Réforme*, por ejemplo, se expresaba en los siguientes términos: «devant ce flot croissant de la misère vous n'avez su qu'ordonner quelques fusillades, absurde violation de la constitution et des lois par un soudard et créer une Commission d'étude composée pour les neuf dixièmes des grands industriels et d'hommes qui sont au service de la grande industrie, c'est-à-dire de ceux-là mêmes dont l'imprévoyance et l'obstination ont amené cette crise aigüe qui vous fait trembler aujourd'hui» (*La Réforme*, 18.03.1886). A juicio de los socialistas, la Comisión no parecía estar cualificada para juzgar problemas sociales dados los prejuicios de clase de sus miembros (BERTRAND, Louis; *Le logement du pauvre et de l'ouvrier*, Bruxelles, 1888, p. 282). No se tuvo en cuenta, efectivamente, que muchos parlamentarios miembros de la Comisión estaban a la cabeza de los grandes negocios del país (8 de los 35 miembros para ser más precisos, sin contar con uno u otro banquero, administrador o director de empresa) si bien se determinó que ésta escucharía tanto a obreros como a industriales. Véase CHLEPNER, B.S.; *Cents ans d'histoire sociale en Belgique*, Ed. Université de Bruxelles, Bruxelles, 1972, pp. 210-211.

debatir la «cuestión social», un asunto sobre el que los democristianos, con el abad Antoine Pottier a la cabeza, alzaron su voz para reclamar la necesidad de una acción social por parte del catolicismo de la que se esperaban resultados socio-económicos pero también religiosos y políticos. Y es que, como telón de fondo, se hallaba la irrupción de una masa de obreros que, hasta entonces, no contaban como objetivo electoral pero que eran susceptibles de serlo; sobre todo, cuando entraba en liza un POB dispuesto a luchar por la consecución del sufragio universal (objetivo parcialmente alcanzado en 1893 con la modificación del artículo 47 de la Constitución belga y la subsiguiente implantación del «sufragio plural»). Las posiciones de los democristianos fueron consolidándose a lo largo de esos tres congresos, de modo que en 1891 se logró federar en el seno del antiguo partido conservador un heterogéneo grupo de tendencias democráticas bajo el nombre de Liga Democrática Belga. En lo que sigue, analizo de forma sucinta esa trayectoria a partir de la extensa literatura desplegada en prensa y ensayos, sin olvidar los tres voluminosos tomos que, publicados con motivo de los Congresos de Obras Sociales, recogen el conjunto de las intervenciones realizadas⁵.

1. CONTROVERSIAS EN EL CATOLICISMO: EL DEBATE ACERCA DE LOS MEDIOS PARA COMBATIR LA MISERIA

A partir de 1886 el discurso de liberalismo progresista se caracterizó por basar la conciliación de los antagonismos en principios laicos. Contrariamente al discurso conservador de origen liberal y también al de origen religioso, se apelará, desde esta perspectiva, a una *»moralisation lente et progressive du peuple par l'exercice de ses droits politiques par le suffrage universel lui-même»*⁶. Se producía así una readaptación y una fusión de conceptos antiguos y nuevos. La moralización, por una parte, y el pleno derecho a la participación electoral, por otra, eran complementarios; la conjunción de una y otro servía para la consecución de la paz social. Sin embargo, esta corriente en favor de la conciliación de los antagonismos no fue exclusiva de la filantropía reformista vinculada al Partido progresista. A la

⁵ Un más extenso y pormenorizado examen de este aspecto se halla en mi tesis doctoral: *Los nombres de la «cuestión social». Discurso y agitaciones obreras: Lieja y Sevilla en el tránsito de los siglos XIX y XX*, actualmente en fase de conclusión.

⁶ «(...) *Il est de fait que plus l'homme se sent esclave, plus il se laisse aller facilement à l'abrutissement. S'il se sent libre, il acquiert aussitôt conscience de sa valeur morale*». *L'Express*; «L'alcoolisme», 20.02.1893, p. 1.

inversa, entre 1886 y 1893, desde premisas y con fines diferentes a los que se despliegan en el seno de la filantropía laica, la idea de una necesaria conciliación entre patronos y obreros se desarrolló y defendió sobre todo por una nueva generación de católicos que evolucionan de la tradicional llamada a la caridad hacia la apelación a la ayuda a las clases populares bajo una nueva forma: la justicia social. En 1893, cuando ya se habían consolidado estas ideas, *Le Bien du Peuple*, aludiendo a los acontecimientos que estallan en 1886, es extremadamente elocuente al respecto:

«Ce qui fit le succès, d'ailleurs éphémère, des meneurs, ce fut l'existence de griefs sérieux chez la plupart des travailleurs, leur manque complet d'organisation, l'abandon dans lequel ils se trouvaient».

«Les oeuvres que pratiquait jusqu'au là l'apostolat catholique étaient insuffisantes. Le peuple ouvrier ne demandait pas l'aumône, mais au fond de son corp s'élevait une présente aspiration vers la justice sociale»⁷.

El discurso tradicional de la Iglesia y del propio Partido católico no veía el remedio de los males sociales más que en la educación cristiana y en la caridad, expresada bajo diversas formas por la protección y el patronazgo de las «clases superiores». Era la línea de pensamiento que se había ido consolidando desde la segunda mitad del siglo XIX siguiendo la doctrina elaborada por Charles Périn⁸, caracterizada por su adhesión al liberalismo político y económico, por lo que se rechazaba toda intervención del Estado en materia social y se insistía sobre la «misión social» de las clases «superiores» en nombre de la caridad cristiana⁹. En 1886 el discurso mayoritario del catolicismo partía de un hecho común aunque desigualmente aceptado por las diferentes corrientes que lo atravesaban: las luchas sociales entre patronos y obreros tenían como causa principal el olvido de los deberes recíprocos que la religión impone a unos y a otros¹⁰. En una sociedad impregnada de las ideas cristianas, *«dites-moi de quel côté*

⁷ MOEST, L.; «L'antisocialisme», en *Le Bien du Peuple*, 06.08.1893, p. 1.

⁸ Charles Périn (1815-1905) fue profesor de economía política en la Universidad de Lovaina de 1845 a 1880. Véase GERIN, Paul; «L'Eglise et la politique en Belgique», en *Res publica*, 1985, T. 27, pp. 521-541.

⁹ Véase GERIN, Paul; «1886 et le monde catholique», en AA.VV.; *1886. La Wallonie née de la grève?*, Labor, Bruxelles, 1990, pp. 51-52.

¹⁰ *La Gazette de Liège* lo expresaba del siguiente modo: «les différences nombreuses qui éclatent de notre temps entre les ouvriers et les patrons ont, pour principale cause, l'oubli des devoirs réciproques que la religion impose aux uns et aux autres». FERREOL; «Ouvrons les yeux», en *La Gazette de Liège*, 26.03.1886, p. 1.

*l'antagonisme pourrait surgir -se preguntaba Auguste Onclair- du côté des riches? Mais, ils seraient satisfaits de trouver chez les pauvres la docilité et la patience. Du côté des pauvres? Bien moins encore. Puisqu'ils n'envient plus la richesse. Ils voient, sans doute, que dans la distribution des destinées la part la plus dure leurs est échoué; mais ils sont convaincus que cette part est la plus utile pour leurs salut éternel»¹¹. Desde la apología de una sociedad fundamentada en el cristianismo y en el respeto a la distribución tradicional de roles entre ricos y pobres, el discurso dominante del catolicismo persistía en proponer como medio para remediar la «cuestión social», en primer lugar, una necesaria reforma moral; en segundo lugar el patronazgo y la protección de las clases acomodadas. Si la causa de los males se hallaba en el olvido de los deberes de la religión, por una parte, había que instruir al obrero en la moral cristiana. El llamamiento realizado por el presidente de una asociación católica de Lieja ante la evolución de los acontecimientos era significativo: «*agissons, aidons l'ouvrier sérieusement. Moralisons l'ouvrier, instruisons-lui, inculcons-lui les inéfastes consolations et les suprêmes espérances que donne la religion*»¹². Se trataba de una moralización, una instrucción que no había de ser confundida con la de carácter letrado que defendían los liberales; el matiz habría de ser precisado por *La Gazette de Liège*: «*plus il y a d'instruction, plus il y a démoralisation; plus il y a de lettrés, plus il y a de révolutionnaires. Ah! M. Frère ne veut pas voir que l'instruction n'est qu'un instrument entre les mains de l'homme pour le bien ou pour le mal. Ce qu'il faut former c'est le coeur de l'homme*»¹³. Había por tanto que moralizar al obrero pero también había que hacer un llamamiento a las clases acomodadas para que ejercieran la caridad. En 1886 *La Gazette de Liège*, tras admitir la gravedad de la crisis, insiste en que «*nous avons convié assez souvent a nos lecteurs à la soulager par la charité*»¹⁴. Y en 1891, desde el principio por el cual «*qui donne aux pauvres, prête à Dieu*», algunos observadores continuaban sosteniendo que «*c'est encore la charité qui, jusqu'ici, a été le remède le plus efficace [contre la misère]*»¹⁵.*

Las iniciativas tradicionales de caridad seguramente atenuaban las consecuencias del deterioro de las condiciones de vida de las

¹¹ ONCLAIR, Auguste; «La question sociale», en *La Gazette de Liège*, 18.04.1886, p. 5.

¹² *La Gazette de Liège*. «Cercle Saint-Ambroise: Question sociale»; 17-18.04.1886, p. 1.

¹³ *La Gazette de Liège*. «Deux observations sur le discours de M. Frère-Orban»; 18.05.1886.

¹⁴ *La Gazette de Liège*. «Désordres de jeudi»; 20-21.03.1886, pp. 1-2.

¹⁵ *La Meuse*. «Les devoirs de charité»; 10-11.01.1891, p. 9.

clases obreras, pero no dejaban de ser paliativos dadas las masivas dimensiones del pauperismo y, sobre todo, eran insuficientes para dar respuesta a las diferentes exigencias que ahora planteaban las clases populares. Así lo entendió una nueva generación de católicos que, ante la evolución de los acontecimientos, empezaron a exponer la necesidad de una readaptación en la materia. Con ello habrían de impulsar el llamado movimiento del catolicismo social, o de la democracia cristiana¹⁶, no totalmente reconocido por el partido católico hasta finales del siglo XIX¹⁷.

En 1886 y dentro del proceso gradual de conversión del paternalismo a la defensa de la intervención del Estado que se experimenta en los medios católicos, la controversia entre antiguos procedimientos para aliviar la miseria de las clases obreras y nuevas propuestas, alcanzó a uno de los órganos de expresión de la corriente católica, *La Gazette de Liège*, donde un observador se oponía a la línea de defensa de la iniciativa privada propugnada por Frère-Orban en el célebre discurso del 5 de mayo en el Parlamento. Frente a esa apología que el líder liberal realiza de uno de los principios doctrinarios del liberalismo, el diario sostenía que «*non certes que nous croyons que l'Etat peut se désintéresser des questions sociales et ne pas aider à les résoudre car nous croyons que l'Etat a charge d'âmes et qu'il doit travailler à améliorer le bien-être matériel et moral de ceux du plus grand nombre, les travailleurs*»¹⁸. Las posiciones no estaban aún totalmente definidas, produciéndose encabalgamientos entre antiguas y nuevas concepciones tan notorios como el del obispo de Lieja que, en el primer Congreso de Obras Sociales de 1886, por una parte, aseguraba que la «verdadera causa» de la crisis social se hallaba en

¹⁶ La expresión «democracia cristiana» fue presentada de modo, por así decirlo, oficial en el Congreso católico de Malines (septiembre de 1891) con la intervención de Helleputte: «*la démocratie peut être chrétienne, le socialisme ne le peut pas. Un socialisme chrétien serait celui qui admettrait les principes que tous les socialistes rejettent. Il faudrait alors changer le sens du mot (...). Le nom démocrates, heureusement n'est pas encore confisqué. Nous l'avons pris parce qu'il exprime une idée conforme à l'Evangile: il est beau, il est chrétien*». Texto citado por GERIN Paul; «Catholicisme social et démocratie chrétienne (1884-1904)», en GERARD y WYNANTS; *Histoire du mouvement ouvrier chrétien en Belgique*, Louvain, 1994, T. I, p. 98; véase asimismo POULAT, E.; «Pour une nouvelle compréhension de la démocratie chrétienne», en *Revue d'histoire ecclésiastique* (1975), p. 24.

¹⁷ GERIN, Paul; «La démocratie chrétienne dans les relations Eglise-Etat à la fin du XIX^e siècle», en AA.VV.; *L'Eglise et l'Etat à l'époque contemporaine*, Bruxelles, 1975, pp. 255-278.

¹⁸ Era el ataque a las declaraciones de Frère-Orban que fueron recogidas por *La Gazette de Liège* en los siguientes términos: «*M. Frère-Orban a dit: c'est selon moi, par la liberté, c'est en fortifiant, en développant les initiatives individuelles qu'on peut chercher à obtenir les améliorations qui doivent être introduites dans notre régime économique*». *La Gazette de Liège*. «Deux observations sur le discours de M. Frère-Orban»; 18.05.1886.

el abandono del espíritu cristiano, de modo que el gran remedio consistía en retornar a las Enseñanzas de la Iglesia¹⁹, mientras que, por otra, admitía la existencia de una especificidad en la condición obrera al afirmar que había lazos entre la crisis social y la economía, por lo que alentaba a combatir las «causas materiales»²⁰. Las posiciones -insisto- no estaban aún totalmente delimitadas pero ya en los meses que siguen a las huelgas de marzo '86, las llamadas a la legislación, a la intervención del Estado, serán para ciertos católicos la respuesta directa a los acontecimientos pero también el inicio de una fosa entre intervencionistas y no intervencionistas, entre demócratas cristianos y conservadores, entre lo que se llamará a principios del siglo XX la «joven derecha» y la «vieja derecha».

La revuelta de 1886 va, en efecto, a quebrantar profundamente la orientación conservadora del catolicismo, dando ocasión a la corriente filantrópica, que no era nueva en el mundo cristiano, de proponer una orientación diferente al Partido católico. En el clima social que se generó a partir de 1886 y distinguiéndose de las premisas y los fines que habían marcado hasta entonces la trayectoria de asistencia social del catolicismo, las ideas democráticas y sociales hicieron rápidos progresos en el seno del partido, de modo que hacia 1890 ya se estaba en presencia de una pléyade de católicos sociales que propagaron nuevas concepciones. A lo largo de ese periodo, una parte de los católicos fue progresivamente constatando que sus obras no alcanzaban al conjunto de las clases trabajadoras, que existía una especificidad en la condición obrera en esos años y que había lazos entre esa condición y la economía. Conforme a ello, se llegó al convencimiento de que era necesario encontrar otras respuestas teóricas y prácticas. En lo esencial, como L. Moest destacaba más arriba, no se trataba ya de apelaciones a la caridad sino a la ayuda a las clases trabajadoras bajo la consigna de la justicia social²¹. *«Il faut, par des*

¹⁹ *«La vraie cause originelle de la crise sociale -proclamaba Monseñor Doutreloux- c'est l'abandon de Dieu, l'abandon de l'esprit chrétien, l'abandon social de N.S.J.C (...)- le grand remède est donc le retour à l'esprit chrétien». Congrès des Oeuvres Sociales à Liège, 26-29 septembre 1886, (Union Nationale pour le redressement des Griets), Liège, 1886, p. 25.*

²⁰ *«Les causes de cette crise sociale sont les unes de l'ordre matérielle, résultant des crises particulières qui ont atteint l'industrie, le commerce et l'agriculture, les autres plus nombreuses et plus graves de beaucoup, en elles-même et dans leurs conséquences, relèvent de l'ordre intellectuel et moral», por lo que -proseguía- «s'il est nécessaire de s'employer avec énergie à amoindrir et à faire autant que possible les causes matérielles de la crise sociale, il est indispensable de s'efforcer, avec une énergie non moins grande, à en combattre les causes intellectuelles et morales». Congrès des Oeuvres Sociales à Liège, 26-29 septembre 1886, (Union Nationale pour le redressement des Griets), Liège, 1886, p. 23.*

²¹ MOEST, L.; «L'antisocialisme», en *Le Bien du Peuple*, 06.08.1893, p. 1.

mesures promptes et efficaces, venir en aide des classes inférieures, attendu qu'elles sont pour la plupart dans une situation d'infortune et de misère inméritée»; es lo que opinaba Godefroid Kurth, profesor de historia de la universidad de Lieja, en una carta dirigida en 1893 al abad Antoine Pottier, sin duda retomando palabras escritas por León XIII en la «Encíclica Rerum Novarum»²².

2. ANTOINE POTTIER Y LA DOCTRINA DE LA «JUSTICIA SOCIAL»

Fueron, de hecho, los esfuerzos de Godefroid Kurth, Antoine Pottier o Michel Levie²³, entre otros, los que suscitaron la formación de la democracia cristiana. El propio Antoine Pottier, desde la llamada «Escuela de Lieja», será el primer teórico y uno de los más destacados impulsores de este movimiento que en 1891 logró federar, en el seno del antiguo partido conservador, a todos los grupos católicos de tendencias democráticas bajo la Liga Democrática belga²⁴. El opúsculo que publicó en Roma durante su etapa de exilio en respuesta a los reproches que la patronal le había dirigido, resume los fundamentos que animan sus nuevas iniciativas: crítica al sistema económico y social, pero también a una parte de la patronal que «*especula con la miseria de los obreros disminuyendo la remuneración del trabajo*»²⁵. Para A. Pottier las enormes dimensiones que alcanzaron las desigualdades materiales constituían una violación del orden natural. De ahí que, partiendo y adaptando a las nuevas circunstancias la filosofía de Santo Tomás, fundamentándose en la concepción del derecho natural, Antoine Pottier considerara que todos los hombres debían ganar lo suficiente para alcanzar en la vida terrenal su total desarrollo me-

²² KURT, Godefroid; «Une lettre importante», en *Le Bien du Peuple*, 22.01.1893, p. 1.

²³ Sobre Michel Levie, véase LEVIE, J.; *Michel Levie (1851-1939) et le mouvement chrétien de son temps*, Louvain, 1962.

²⁴ CHLEPNER, B.S.; *Cents ans d'histoire sociale en Belgique*, Ed. Université de Bruxelles, Bruxelles, 1972, p. 169. Acerca de Antoine Pottier, véase GERIN, Paul; «L'abbé Antoine Pottier; un maître à penser et à suivre», en *Grand Séminaire de Liège, 1592-1992*, Liège, Bibliothèque du Grand Séminaire, 1992, pp. 149-167.

²⁵ «*Le régime économique est mauvais dans son essence et il est tel que les mauvais patrons qui en profitent pour faire une concurrence déloyale aux bons et les entraîner après eux dans la voie des réductions de salaire, des augmentations de la durée du travail, etc. C'est la libre concurrence qui fait baisser le prix de la main d'oeuvre au niveau qui lui assignent les industriels sans conscience qui spéculent sur la misère des ouvriers pour diminuer la rémunération du travail*». Véase, a este respecto: POTTIER, Antoine; *Ligue des patrons catholiques. Critique du pottierisme*, II, Rome, 1895, p. 11. Ante las objeciones y resistencias del ala conservadora del Partido Católico, Antoine Pottier se instaló finalmente en Roma donde fue nombrado Monseñor.

diante la práctica de la virtud²⁶. En consecuencia -proseguía- todo contrato de trabajo que estipulara un salario insuficiente para garantizar la «*parfaite suffisance des biens nécessaires à la vie*» de un obrero sobrio y honesto, había de ser considerado injusto. Dado que la iniciativa privada se revelaba insuficiente, si las clases obreras no llegaban a procurarse los medios de supervivencia, la sociedad, el Estado, debía intervenir y ayudarles²⁷.

La ayuda a las clases obreras, no ya desde la caridad sino desde la aplicación de la justicia social, se convierte en el emblema de este nuevo apostolado, que se aproximaba, en este sentido, al movimiento de la filantropía laica aunque sin identificarse con sus principios de laicización del amor al prójimo²⁸. Un planteamiento inédito en el seno del catolicismo a partir del cual no sólo se expuso la idea del «salario mínimo familiar»²⁹, sino que, más aún, se contribuyó a la reformulación del papel del Estado y, sobre todo, se planteó la necesidad de una acción social católica. En esencia, detrás de las doctrinas sobre los procedimientos para hacer frente a la «cuestión social» que fueron formuladas en el seno de la democracia cristiana, pueden advertirse por tanto dos iniciativas complementarias. No siendo la caridad suficiente para evitar los males de la sociedad industrial, por una parte, el Estado debía acometer una misión de justicia y, por otra, el obrero debía estar armado contra todo abuso de la autoridad y contra su propia imprevisión. Se consideraba que sólo mediante esa

²⁶ POTTIER, Antoine; «Eux et nous», en *Le Bien du Peuple*, 13.11.1892, p. 1.

²⁷ Véase, a este respecto: POTTIER, Antoine; *Ligue des patrons catholiques. Critique du pottérisme*, II, Rome, 1895.

²⁸ Véase SCHAEPMAN; «Place des ouvriers dans le mouvement social» en *Le Bien du Peuple*, 20.11.1892, p. 1.

²⁹ Dentro de la propaganda que *Le Bien du Peuple* realiza en favor de la determinación de un salario mínimo, el diario recoge la siguiente impresión de un patrón, favorable a la adopción de tal medida: «(...) *s'il me fallait travailler aux prix acceptés par certains concurrents je devrais fermer ma maison. Tenez! Voici une entreprise pour laquelle j'avais fait les prix les plus bas, je n'avait conservé qu'un bénéfice insignifiant...! un autre obtient l'adjudication avec un rabais double du mien! Je vous jure que si j'acceptait le travail dans ces conditions je perdrais... et pas mal. Mais que font donc d'autres industriels, lui demandais-je, pour bénéficier encore avec un pareil système? Car je n'imagine pas qu'ils travaillent à perte. Ils paient mal leurs ouvriers! Et c'est déplorable. Ah! les patrons regimbent souvent quand ont parle d'établir un salaire minimum plus ou moins uniforme. Eh bien, je vous assure, moi patron qui vous parle, que la mesure serait excellente pour les patrons comme pour les ouvriers. On diminuerait d'autant cette concurrence ridicule qui nous écrase et écrase l'ouvrier. On n'en serait plus réduit à imposer à l'artisan un salaire qui n'est pas celui de la profession, quelques fois un salaire qui ne lui permet pas de soutenir son ménage. Enfin nous ne souffririons plus, comme à présent, de cette situation anormale: des industriels acceptant systématiquement tout travail à tout prix, se retrouvant sur la main-d'œuvre et mettant la profession dans le plus grands embarras». *Le Bien du Peuple*. «Un patron à propos des salaires»; 30.10.1892, p. 3.*

doble vía podían hacerse realidad móviles superiores a los de la mera asistencia social, al tiempo que se podrían sentar las bases estables de una paz social. La primera de ellas se tradujo en la propuesta de un cambio de orientación en materia de legislación social; la segunda en el impulso a la creación de centros de organización obrera: sindicatos católicos, mixtos en primer lugar, estrictamente obreros más adelante.

3. LOS CONGRESOS DE OBRAS SOCIALES DE LIEJA: DEL «INTERVENCIONISMO MITIGADO DEL ESTADO» A LA «ACCIÓN SOCIAL CATÓLICA»

La evolución de estas ideas fundamentadas en la consigna de justicia social estuvo marcada por complejos debates que se manifestaron ya desde el primero de los tres Congresos de Obras Sociales que tuvieron lugar en Lieja desde 1886 y que fueron un signo de las disensiones internas que atravesaron al catolicismo belga³⁰. Precisamente en el Congreso de septiembre de 1886, aunque los asistentes se revelaban antisocialistas por unanimidad, no todos consideraban el liberalismo desde la misma óptica y, por tanto, en la misma medida. De modo que frente a la corriente situada en la tradición, es decir, en el principio de patronazgo, protección y educación del pobre por el rico -del obrero por el patrón- y que inspiró a un buen número de congresistas, se empezó a distinguir un grupo minoritario que prefiguraba el movimiento de la democracia cristiana al proponer la tesis intervencionista consistente en considerar que cuando la iniciativa privada se revelaba insuficiente, cuando las clases dirigentes «responsables» olvidaban su deber, había que cambiar la legislación, corregir mediante la ley³¹. El propio obispo de Lieja, Monseñor Doutreloux, que consideraba que era a las clases dirigentes a las que incumbía hacer frente a las causas materiales y morales de la crisis social³², fue quien abrió la vía a las soluciones intervencionistas cons-

³⁰ Sobre los Congresos de Obras Sociales celebrados en Lieja en 1886, 1887 y 1890 respectivamente, véase GERIN, Paul; *Catholiques liégeois et question sociale (1833-1914)*, Bruxelles-Paris, 1959; también, del mismo autor, «Les mouvements populaires en Belgique», en AA.VV. *Une époque de mutation, 1890-1910. Le catholicisme social dans le Nord-Ouest de l'Europe*, KADOC-STUDIES, 13, Leuven University Press, 1992.

³¹ En este grupo se hallan Godefroid Kurth, Michel Levie, Arthur Verhaeghen así como el obispo de Lieja, Monseñor Doutreloux. Véase GERIN, Paul; «1886 et le monde catholique», en AA.VV. *1886. La Wallonie née de la grève?*, Labor, Bruxelles, 1990, pp. 61 y ss.

³² Entre ellos se encontraba el propio arzobispo de Lieja, Monseñor Doutreloux, quien sostenía que «c'est aux classes dirigeantes qu'il incombe de pouvoir à cette double nécessité [nécessité d'amoin-

tatando que dichas clases habían olvidado su obligación. La controversia entre las dos posiciones que se plantearon en el citado congreso, la no intervencionista y la intervencionista, queda reflejada en el debate que mantuvieron Monseñor Rutten y Godefroid Kurth. El primero persistía en la resignación del pobre, en el inmovilismo en materia social al afirmar que «*avant tout, il faut parvenir à convaincre le pauvre de l'évidence d'un fait qui ne peut jamais être démenti: les inégalités des conditions sociales et les conséquences inévitables des inégalités. Il faut lui faire saisir la nécessité de ces inégalités. (...) Que l'ouvrier comprenne qu'il doit se résigner à son sort, qu'il doit supporter la conséquence de son état inférieur dans lequel Dieu l'a placé*»³³. Godefroid Kurth salió al paso de esta posición hablando de la «*funeste influence sur l'ouvrier de ces classes qu'on appelle 'dirigeantes' et qui les plus souvent ont été pervertissantes*»³⁴.

En la línea de las teorías que empezaron a extenderse desde el siglo XVIII³⁵, para este grupo minoritario de católicos el Estado debía, así pues, ayudar, contribuir a la resolución de la problemática social que afectaba a las clases populares, no ya por la ineficacia de la fuerza represiva contra los obreros (aspecto que empezaba a ser considerado por algunos dirigentes del Partido católico), sino por la ineficacia de los sistemas tradicionales de asistencia social de la Iglesia. Una opinión que, como ya ha habido ocasión de señalar, difería sustancialmente de los principios del liberalismo dominantes hasta entonces en el discurso de origen religioso y que desembocaba en la propuesta de elaboración de una legislación obrera que pusiera fin a los abusos que los trabajos de la Comisión de 1886 estaban poniendo en evidencia³⁶.

causes matérielles de la crise sociale et de combattre les causes intellectuelles et morales]». *Congrès des Oeuvres Sociales à Liège, 26-29 septembre 1886, (Union Nationale pour le redressement des Griefs), Liège, 1886, pp. 23-24.*

³³ *Congrès des Oeuvres Sociales à Liège, 26-29 septembre 1886, (Union Nationale pour le redressement des Griefs), Liège, 1886, p. 399.*

³⁴ *Congrès des Oeuvres Sociales à Liège, 26-29 septembre 1886, (Union Nationale pour le redressement des Griefs), Liège, 1886, p. 408.*

³⁵ Bronislaw Geremek nos recuerda que desde el siglo XVIII se teoriza explícitamente sobre la necesidad de la intervención del Estado en el problema de la asistencia social y que Montesquieu afirmaba que el Estado debería garantizar, a todos, los medios de subsistencia y las condiciones de vida adecuadas. GEREMEK, Bronislaw; *La piedad y la horca*, Alianza, Madrid, 1989, p. 159.

³⁶ En lo inmediato, como señala Paul Gérin, Víctor Brants consiguió que la Comisión de encuesta adoptara su proyecto sobre los consejos de arbitraje que había expuesto en el Congreso de Lieja de 1886 y por el que había recibido el acuerdo de la asamblea general (*Commission du travail. Compte rendu des séances plénières. Mémoires, rapports, lettres*, Bruxelles 1888, vol. 4, p. III e Idem. Bruxelles, 1887, vol. 3, p. 1-17). Charles Lagasse que había hecho aprobar por la asamblea general del congreso

Pese a que en el Congreso de 1886 se aceptaron sólo por un grupo minoritario que no logró imponerlas³⁷, a partir de esa fecha las ideas democráticas progresaron rápidamente en el seno del catolicismo. Paralelamente, la corriente democristiana evolucionó más allá del «intervencionismo mitigado» que adoptaron sus jefes políticos y que no dejaba de confundirse con el patronazgo y la caridad como medio para apaciguar los conflictos. No siendo la caridad suficiente para remediar los males sociales, el Estado debía llevar a cabo una misión de justicia, sostenían. Pero había algo más. Y es que consideraban que el obrero debía estar dotado de medios de defensa contra todo abuso de la autoridad y contra su propia imprevisión. El intervencionismo moderado llegó a ser la doctrina católica oficial, mientras que los medios demócratas cristianos de Lieja, sin negar la importancia del papel del Estado, ponían principalmente en evidencia la necesidad de crear organizaciones obreras que, afiliadas al Partido católico, deberían de obtener una autonomía en la lucha por la defensa de sus intereses³⁸. Con ello, a lo largo de los años 1886-1893 tiene lugar en el seno del movimiento católico belga una evolución que va del paternalismo a la democracia social, transformando a los «hombres de obras» en «hombres de acción»³⁹.

La iniciativa de crear sindicatos obreros empieza a propagarse hacia 1890 y en ella confluyen dos ideas esenciales. La primera es la que consideraba el aislamiento en el que se hallaban los obreros

de Lieja un proyecto de legislación sobre la vivienda obrera, consiguió igualmente que éste se adoptara por la Comisión y que inspirara el proyecto de ley depuesto por el gobierno el 28 de marzo de 1888 (Commission du travail. Rapports. Propositions des sections et conclusions, Bruxelles, 1887, vol. 3, p. 91-92 y *Commission du travail. Compte rendu des seances plenières. Mémoires, rapports, lettres*, Bruxelles, 1888, vol. 4, p. III. *Congrès des Oeuvres Sociales à Liège, 26-29 septembre 1886, 1ère partie, Résolutions (Union Nationale pour le redressement des Griets)*, Liège, 1886, p. 150). Meses después del Congreso, la ley del 13 de diciembre de 1889 que reglamentaba el trabajo de mujeres y niños fue el objeto de un proyecto depuesto al gobierno el 17 de junio de 1887 y que obtuvo los votos de parlamentarios que participaron en el Congreso de Lieja como G. Helleputte, F. Schollaert o Ch. Woeste, aunque no todos los católicos votaron esta ley (*Annales parlementaires. Chambre. 1886-1887*, pp. 619, 637-638). Son algunas de las realizaciones que nacen del Congreso; a este respecto véase GERIN, Paul; «1886 et le monde catholique», en AA.VV. 1886. *La Wallonie née de la grève?*, Labor, Bruxelles, 1990, pp. 66-69.

³⁷ MAYEUR, Jean-Marie; «Quelques rencontres entre catholiques français et catholiques belges», en *Le Mouvement social*, 178, janvier-mars, 1997, p. 31.

³⁸ Véase CHLEPNER, B.S.; *Cents ans d'histoire sociale en Belgique*, Ed. Université de Bruxelles, Bruxelles, 1972, p. 169.

³⁹ GERIN, Paul; «Les mouvements populaires en Belgique», en AA.VV.; *Une époque de mutation. Le catholicisme social dans le Nord-Ouest de l'Europe, 1890-1910*, KADOC-STUDIES, 13, Leuven University Press, 1992, p. 171.

frente a los abusos del capitalismo. La constatación era insistente: *«les ouvriers des mines, de la métallurgie, et en général des grands usines qui sont aux mains du capital et surtout du capital anonyme, sont isolés et se font concurrence pour obtenir du travail; ils sont, par le fait même, impuissants à défendre leurs intérêts»*, denunciaba un observador en *«Le Bien du Peuple»*⁴⁰. Indefensión obrera para defender sus intereses pero también, específicamente, en el plano de la participación política como destaca un obrero que se autodefine como católico: *«nous n'en pouvons rien. Jusqu'ici nous comptons pour zéro dans un pays où tous les citoyens sont censés égaux devant la loi; en fait, de droits civiques nous avons celui de respecter la police et d'endosser l'uniforme quand nous tirions un mauvais numéro»*⁴¹. Ante el aislamiento obrero sobre el que ya desde 1886 ponía el acento August Onclair⁴², más allá de las obras sociales había que pasar a la acción, una acción entendida en el marco de la creación de medios de defensa de los derechos de las clases obreras, esto es, de la constitución de organizaciones de trabajadores dentro del catolicismo:

«Il faut donc qu'ils [les ouvriers] brisent cet isolement en se mettant ensemble, en constituant à côté de la puissance du capital organisé, la puissance du travail jusqu'ici émietté».

«C'est le seul moyen de faire valoir ce qui est juste et raisonnable, le seul moyen de conquérir la liberté dans le contrat par lequel ils engagent leur travail et par lui le moyen de vivre eux et leur famille».

*«C'est le seul moyen d'aider puissamment à ramener partout la stabilité d'un salaire suffisant, d'assurer le repos du dimanche, d'empêcher les excès de la durée du travail, de garantir de bonnes conditions d'hygiène physique et morale à l'usine ou dans la mine; de faire cesser le travail des mères de famille pour les rendre à leur foyer, de ramener à ce qui est raisonnable le travail des jeunes filles et des enfants»*⁴³.

La denuncia que León XIII realizó en la Encíclica *«Rerum Novarum»* sería ampliamente parafraseada y difundida por los

⁴⁰ René; «Les syndicats ouvriers», en *Le Bien du Peuple*, 13.11.1892, p. 3.

⁴¹ LANDERS, Jean; «Les idées du père Mathias», en *Le Bien du Peuple*, 20.11.1892, p. 1.

⁴² *«Exploité [le peuple] par ceux qui le flattent, opprimé par la fausse liberté qui l'écrase, déshérité par l'impunité qui l'avilit, il est là, dans son lamentable isolement, sans autre force que la violence, sans autre appui que la révolte, victime de ses propres emportements et cherchant, en vain, des âmes qui le servent au lieu de se servir de lui»*. ONCLAIR, Auguste; *La question sociale ou ce qui possèdent en face de ceux qui n'ont rien*, Liège, 1886.

⁴³ René; «Les syndicats ouvriers», en *Le Bien du Peuple*, 13.11.1892, p. 3.

democristianos belgas⁴⁴. Antoine Pottier la establece en el opúsculo dirigido a los patronos: «*le travailleur, isolé et sans défense se trouve livré à la cupidité des maîtres inhumains et à la merci d'une concurrence sans frein*»⁴⁵; y otro de los intelectuales destacados del movimiento del catolicismo social, Arthur Verhaegen, haría lo propio en «Le Peuple»: «*les travailleurs isolés dans sa défense se sont livrés à la merci des maîtres inhumains*»⁴⁶. Era una denuncia y simultáneamente un argumento para justificar, como hace el abad Schaeppman, la necesidad de dirección que tiene el obrero: «*il faut conduire et fortifier l'ouvrier dans le bon esprit*» afirmaba en 1892, y añadía que «*il faut qu'on développe chez eux des principes d'ordre, fidélité et de discipline; il faut qu'on développe la confiance de l'ouvrier dans son patron. Il faut qu'on fonde des associations de tous genres qui leur fassent éviter les mauvaises compagnies. Il a besoin de direction, jusqu'à l'autonomie*»⁴⁷. Es difícil no advertir en este renovado humanitarismo de origen religioso la fusión y readaptación de ideas antiguas y nuevas. Se habla de «conducción» del obrero y aunque se apunte la necesidad de desarrollar en ellos los principios de «orden», «fidelidad» y «disciplina», ya no consiste tanto en moralizarlo a través de las enseñanzas de la Iglesia como en buscar, ante su aislamiento y su proclividad a ser objetivo de influencias «perniciosas», su emancipación, dotándole -desde el respeto a los principios católicos- de los medios de organización necesarios para la defensa de sus intereses y derechos.

4. EL SINDICALISMO CATÓLICO COMO FÓRMULA PARA CONTRARRESTAR EL AVANCE DEL SOCIALISMO

El móvil que alude al aislamiento obrero ante los abusos del capitalismo está estrechamente ligado a la opinión de que había que crear sindicatos católicos ante el creciente desarrollo, entre 1886 y 1893, de un movimiento obrero organizado en torno al POB. Se trataba, no sólo de una voluntad de ayuda a las clases obreras, sino

⁴⁴ Véase GERIN, Paul; «Rerum Novarum et les catholiques belges: Rome parle, Rome a parlé», en *La Revue politique*, mai-juin, 1991, pp. 21-30; asimismo, GERIN, Paul; «Les retombées de Rerum Novarum en Belgique», en ETIENNE, J. y WATTÉ, P. (Coords.); *Vers une éthique de l'économie*, Ed. Ciaco, Bruxelles, 1990, pp. 197-208 y 238-342.

⁴⁵ POTTIER, Antoine; *Ligue des patrons catholiques. Critique du pottérisme*, II, Rome, 1895, p. 11.

⁴⁶ VERHAEGEN, Arthur; «Allons au peuple», en *Le Bien du Peuple*, 20.05.1893, pp. 1-2.

⁴⁷ *Le Bien du Peuple*. «Place des ouvriers dans le mouvement social»; 20.11.1892 p. 1.

también de una reacción que contrarrestase lo que se consideraba la «invasión», por parte del socialismo, de un espacio ideológico y social que «pertenece» al movimiento católico. Arthur Verhaegen es explícito a este respecto:

«Le socialisme a compris le parti qu'il pouvait tirer de cette situation et a profité, depuis vingt ans, avec une infernale habileté, des souffrances «inméritées» de l'ouvrier pour l'attirer dans ses filets et pour le gagner insensiblement aux idées révolutionnaires. (...)».

«La masse est restée honnête, morale et même chrétienne dans ses moeurs et dans ses aspirations».

«Mais alors pourquoi se laisse-t-elle enrôler dans les legions socialistes? (...)».

«Parce que le socialisme s'est implanté dans les coeurs à la faveur d'un programme de revendications économiques et d'un ensemble d'oeuvres matérielles dont un bon nombre sont absolument irréprochables au point de vue des principes chrétiens».

«Nous, catholiques, nous avons laissé le socialisme prendre l'avance sur un terrain qui est le nôtre».

«Nous devons les convaincre [aux masses ouvrières] que leurs intérêts matériels seront mieux défendus à l'ombre de la croix que sous le bonnet phrygien»⁴⁸.

El mismo autor exponía un año antes los rasgos esenciales del planteamiento con el que la vía de la democracia cristiana se abre paso, entre la oposición al liberalismo y al socialismo. En primer lugar, siguiendo la trayectoria de los análisis que empezaron a desarrollarse unos meses después de las huelgas de marzo de 1886, atribuye a la Revolución francesa y al liberalismo subsiguiente la responsabilidad originaria de la situación que padecen los obreros⁴⁹. A continuación,

⁴⁸ Arthur VERHAEGEN, Arthur, «Allons au peuple», en *Le Bien du Peuple*, 20.05.1893, pp. 1-2.

⁴⁹ Análisis más profundos, se entiende, que los que descargaron la responsabilidad de la revuelta a los socialistas y a sus «ideas subversivas». En este sentido, se considera que «la Révolution française supprima toute l'organisation corporative: elle prohiba même le droit de réunion. Elle y suppléa par ces trois grands mots vides de sens: Liberté, Egalité, Fraternité. Elle mit en face l'un de l'autre le pauvre et le riche, et elle leur dit: 'Vous êtes libres; allez et enrichissez-vous!'. Et qu'à produit cette liberté? Le riche peut attendre, le pauvre ne le peut pas; il doit travailler chaque jour pour se procurer le pain nécessaire à la vie. Sous peine de mourir de faim, il doit travailler, le salaire fût-il dérisoire ou le nombre d'heures de travail exagéré. Le pauvre subira toujours la loi du riche. La faute n'en est pas seulement aux grands industriels, écrasés, eux aussi, par une concurrence sans freins et sans limites. Mais il faut reconnaître que la grande industrie a été coupable et qu'elle a abusé de sa supériorité. (...) En un mot, la grande industrie a traité l'ouvrier non comme un homme mais comme une machine. (...) La conclusion de tout ceci, c'est que la liberté n'empêche pas l'esclavage de l'ouvrier». *Le Bien du Peuple*. «Verhaegen devant les ouvriers. Charleroi»; 27.11.1892, p. 2.

realiza una sucinta pero significativa valoración de las tres vías que, a su entender, se presentan como soluciones a la «cuestión social», a saber, un liberalismo inmovilista, un socialismo revolucionario, «tirano», «violento», y por último el remedio de origen religioso, objeto de su defensa, que busca la restitución de los derechos de los obreros de forma pacífica:

«Quels sont les remèdes?»

«Il y en a plusieurs».

«Le remède libéral qui ne veut rien changer à l'état de choses actuels et qui prétend que la liberté guérisse ses propres plaies. Laissez-faire, laissez-passer».

«Cette doctrine est morte».

«Ces prôneurs de liberté sont les plus grands adversaires de la liberté ouvrière, tout autant que de la liberté religieuse».

«Il y a le remède socialiste. Les socialistes ont la partie belle. Comme nous ils critiquent l'organisation économique actuelle. Mais ils disent qu'il faut supprimer tout, alors que nous voulons guérir. Leur système aboutit à un esclavage et à une misère immenses: jamais nos ouvriers ne consentiront à abdiquer devant leur tyrannie».

«Il y a le remède chrétien. (...) Pour les riches elle [la loi de Christ] signifie amour et respect des petits et des faibles; reconnaissance de leurs droits».

«(...) Travail organisé en face du capital organisé! voilà la seule solution».

«(...) Puisque ce dont nous souffrons est l'injuste répartition des richesses, ce n'est qu'en la faisant disparaître que l'ordre renaîtra dans la société».

«Cette plus équitable répartition se fera; elle est inévitable. La seule question qui se pose est de savoir si elle s'opèrera pacifiquement ou violemment»⁵⁰.

Crítica a la «organización económica actual», al liberalismo, pero crítica también al socialismo, la nueva lectura democristiana de la «cuestión social» interpreta la ley de Cristo para los ricos en términos de «amor, respeto y reconocimiento de los derechos de los débiles». Ante la constatación de un injusto reparto de la riqueza, ante un «capital organizado», ha de imponerse la organización obrera pero no desde los supuestos de la «violencia» que -así se entendía- anima-

⁵⁰ *Le Bien du Peuple*. «Verhaegen devant les ouvriers. Charleroi»; 27.11.1892, p. 2.

ban el socialismo, sino desde los principios de paz que defendían los sindicatos católicos. Tal y como lo desarrollaría Antoine Pottier, la doctrina de esta nueva generación de católicos mantiene, en sus fundamentos, similitudes esenciales con el socialismo: denuncia de las desigualdades económicas y sociales, y, en términos generales, aspiración a la emancipación obrera:

«Nous autres chrétiens, nous voulons le relèvement du prolétariat, d'une façon précise, complète et efficace».

«Et pourquoi voulons-nous cela? Précisément parce que nous sommes chrétiens et que les principes de notre religion exigent comme application le redressement de tous les griefs légitimes du peuple».

«(...) Eh bien nous, démocrates chrétiens, nous voulons guérir les plaies du peuple, nous voulons le relever; nous voulons faire cesser les abus du capitalisme, nous voulons créer une organisation sociale qui rend ces abus impossibles, qui, en même temps, accorde à l'ouvrier une part plus large dans les biens d'ici bas, et diminue la distance trop grande aujourd'hui qui le sépare de la classe bourgeoise»⁵¹.

Sin embargo, el discurso de estos católicos sociales pone el acento en la diferencia de procedimientos, respecto a los socialistas para alcanzar la emancipación obrera, así como en los distintos modelos sociales que unos y otros persiguen. Arthur Verhaegen opinaba más arriba que, aunque los democristianos coincidan con los socialistas en la crítica a la organización económica, sus fines no consisten en una transformación social, que califica de «violenta», sino en la «curación» de la sociedad⁵²; a pesar del común reconocimiento de un injusto reparto de la riqueza y de los derechos de los individuos, del socialismo denuncian su defensa de la lucha de clases y, obviamente, su ideología opuesta a la religión y al orden, como afirma un obrero que se autodefine como católico en una carta publicada por «Le Bien du Peuple»:

«Nous ne sommes pas de socialistes».

«Nous ne les ressemblons pas plus qu'une chapelle de bons chrétiens ne ressemble à une loge de francs-maçons. Les socialistes ne veulent ni roi, ni prêtre, ni police, ni bourgeois, ni famille. Nous, nous honorons le roi, nous aimons le prêtre, nous estimons le patron, nous aimons notre famille et respectons la police et même

⁵¹ POTTIER, Antoine; «Eux et nous», *Le Bien du Peuple*, 13.11.1892, p. 1.

⁵² *Le Bien du Peuple*. «Verhaegen devant les ouvriers. Charleroi»; 27.11.1892, p. 2.

le garde champêtre. (...) Les socialistes n'en veulent pas autant aux chrétiens qui vont à la messe: mais ce qui les fait enrager ce sont les chrétiens qui se groupent en syndicats»⁵³.

Así pues, por el modo en que desde esta perspectiva se entendía la aspiración a la emancipación obrera, desde el respeto al orden, los católicos sociales plantean la necesidad de impulsar la creación de sindicatos que dieran respuesta a las nuevas exigencias de las clases trabajadoras e impidieran, al mismo tiempo, que la emancipación de éstas se «desviara» hacia actitudes revolucionarias, opuestas al orden social. En opinión de Antoine Pottier la opción mediante la que el catolicismo social busca «*restituer les griefs légitimes du peuple*» es, simultáneamente, «*notre meilleure manière à nous de combattre le socialisme*», un socialismo que, a través de sus sindicatos, busca «*uniquement de tenir en mains les organisations ouvrières pour les lancer dans la révolution et leur faire décréter par la force, l'athéisme en religion, l'union libre dans l'ordre familial et le collectivisme en économie*»⁵⁴. Para sus impulsores, el sindicato católico se perfila, por tanto, como una vía que, contrariamente al sindicalismo socialista, no pone en peligro el orden social, lo que lleva a Godefroid Kurt a sostener que «*les classes supérieures n'ont rien à craindre d'un peuple qui s'émancipe sous les auspices de son clergé*»⁵⁵.

5. CONCLUSIONES

En la evolución del discurso acerca de la «cuestión social» en Bélgica se advierte el progresivo acercamiento de las posiciones representadas por la filantropía reformista y el catolicismo social a las quejas y reivindicaciones de los obreros. Impulsadas por el descubri-

⁵³ *Le Bien du Peuple*. «Lettre du père Mathias»; 27.11.1892, p. 1.

⁵⁴ «*Le travail des meneurs par la presse et la parole a comme principal objet de créer et surtout de tenir entre leurs mains les syndicats ouvriers. Or, est-ce le relèvement de l'ouvrier qu'ils ont en vue? Absolument pas, à moins qu'ils ne soient en contradiction avec Lassalle. Ce qu'ils cherchent par là, c'est uniquement de tenir en mains les organisations ouvrières pour les lancer dans la révolution et leur faire décréter par la force, l'athéisme en religion, l'union libre dans l'ordre familial et le collectivisme en économie*». POTTIER, Antoine; «Eux et nous», *Le Bien du Peuple*, 13.11.1892, p. 1.

⁵⁵ «*Par contre, il n'est rien qu'elles n'aient à redouter des multitudes auxquelles les ministres de Jesus Christ n'arriveraient plus, et qui seraient abandonnées aux excitations sauvages des meneurs (...) Ce qu'il faut craindre, ce n'est pas que ce mouvement échoue, c'est plutôt qu'il ne dévie. Assez d'influences funestes travaillent dans les voies de l'anarchie révolutionnaire, et celle-ci aboutirait inévitablement au despotisme de quelque prétendu sauveur*». KURT, Godefroid; «Une importante lettre», en *Le Bien du Peuple*, 22.01.1893, p. 1.

miento de las condiciones de vida y de trabajo de las clases obreras, entre 1886 y 1893 las aspiraciones de ambas tendencias no sólo coexisten sino que, en algunos aspectos, se confunden con las que eran defendidas por el discurso de origen obrero. Visiblemente se produce un cambio de perspectiva ante la «cuestión social» que, de forma paralela al proceso por el que los progresistas se rebelan contra los jefes tradicionales del partido liberal y los demócratas cristianos hacen lo propio respecto a la dirección conservadora del partido católico, se traduce en la denuncia del uso de la fuerza para apaciguar los conflictos sociales o en las demandas para establecer un régimen de sufragio universal; en las apelaciones a una intervención decidida del Estado en materia social y a la elaboración de una legislación del trabajo o en las iniciativas en favor de una acción social católica, ya sea mediante la creación de sindicatos mixtos, de sindicatos únicamente obreros o de cooperativas que permitieran, bajo los auspicios de la organización católica, la aproximación social y económica de los obreros a la burguesía. Tentativas todas ellas que confluyen en la crítica a los principios del liberalismo doctrinario, así como en una voluntad común de conciliar los antagonismos sociales generados por la economía capitalista.

Detrás de este cambio de perspectiva es posible observar sentimientos y comportamientos muy complejos que atañen, por una parte, a móviles psicológicos individuales y, por otro, a intereses de la colectividad⁵⁶. Uno de los puntos de partida de estas actitudes que buscan la conciliación de los antagonismos de clases se halla en la aspiración por establecer una «justicia social». Esta aspiración se halla enmarcada en la crítica a las desigualdades económicas y sociales; en la denuncia -realizada fundamentalmente por los sectores afines al Partido progresista- de la falta de reconocimiento de los derechos políticos en los obreros; en la revalorización que los democristianos hacen del papel del obrero en la sociedad. Pero, junto a este sentimiento de solidaridad de clases, está el descubrimiento de una fuerza social que irrumpe en el horizonte político. El temor a la revolución, la sombra amenazante que se halla tras los acontecimientos de marzo de 1886 en Lieja, era, a este respecto, un sentimiento extendido entre los observadores que, poco a poco, fue dando paso a rivalidades por ocupar el «espacio ideológico» del movimiento obrero. Conforme a ello, en los debates sociales se mezcla la existencia de individuales y reales preocupaciones humanitarias con elementos de

⁵⁶ Retorno aquí una observación ya expuesta por GEREMEK, Bronislaw; *La piedad y la horca*, Alianza, Madrid, 1989, p. 267.

«interés» para la colectividad social. Las iniciativas en favor de una legislación laboral pueden considerarse un ejemplo significativo de ello. Realizadas desde el descubrimiento de las condiciones de vida y de trabajo de las clases obreras, pero también bajo la presión del movimiento obrero, en esa reacción confluye el sentimiento de simple amor al prójimo con el miedo a la acción colectiva obrera, constituyendo no tanto una aspiración de transformación del orden social sino, más bien, tentativas de defensa de la sociedad que apuntan a mantener el orden, la paz, la seguridad, en la línea teórica desarrollada por la Escuela de Le Play: intervenir de manera que se reforme para conservar e impedir la transformación de la sociedad⁵⁷.

La coexistencia de móviles humanitarios y de interés para la colectividad en este discurso que apunta a la conciliación de los antagonismos explica que a los debates sociales y económicos se añadan los políticos, que los progresistas y, sobre todo, los católicos sienten cada vez más de forma precisa en el curso de los años 1890-1893, coincidiendo con el periodo en que el POB disolvía sus divisiones internas y se consolidaba como partido de masas. Dentro del cambio de perspectiva con el que los sectores demócratas de catolicismo consideran la «cuestión social», el impulso a la acción católica pone el acento en el establecimiento de la justicia social y de la colaboración entre las distintas clases que haga posible una necesaria integración: la paz social, tanto más necesaria cuanto que se estima que la sociedad se halla en un proceso de descristianización. Pero esta acción social católica -como, por otra parte, el interés de los medios progresista por los problemas sociales- no puede entenderse totalmente sin tener en cuenta que durante esos años se está debatiendo, bajo la presión del movimiento obrero, la revisión del artículo 47 de la constitución que excluía a los trabajadores del derecho al voto. Un debate cuyo primer resultado será la consecución del sufragio universal atemperado por el voto plural en 1893. Esta lenta marcha hacia la democracia va a estimular la atención y la acción de los progresistas pero, sobre todo, de los democristianos que ven cómo los socialistas

⁵⁷ Véase DUPONT, Lieven; «Jules Lejeune et la défense sociale», en TULKENS, Françoise (Coord.); *Généalogie de la défense sociale en Belgique*, Univ. Lovaine, 1988, p. 77. Según Françoise Tulkens las legislaciones obreras buscaban cambiar al pueblo que reivindica cambios fundamentales. Véase TULKENS, Françoise (Coord.); *op. cit.* p. 8. La defensa social en Bélgica es, sin embargo un más amplio proyecto que atraviesa disciplinas tan diferentes como el derecho (véase la obra de Adolphe Prins, *La défense sociale et les transformations du droit pénal*, Institut Solvay de sociologie, Bruxelles 1910, estudiada por TULKENS, Françoise; «Un chapitre de l'histoire des réformateurs. Adolphe Prins et la défense de la société», en TULKENS, Françoise (Coord.); *Idem.* p. 17; o la medicina psiquiátrica (véase DA AGRA, C.; «Dangerosité et dégénérescence. La médecine mentale en Belgique à la fin du XIXè et au début du XXè siècle», in TULKENS, Françoise; *Ibidem.* p. 89).

constituidos en el POB podían beneficiarse de los sufragios de las clases obreras, que hasta entonces no tenían la posibilidad de acceder a las urnas. Para los democristianos, ese peligro llevó a establecer una consigna: lo social debe servir a lo político. Había, por tanto, que desarrollar un abanico de organizaciones en las que el catolicismo pudiera encontrar clientela electoral; había que defender ideales sociales por encima de los que proclamaban progresistas y socialistas, cuyas similitudes, pero también diferencias en fines y procedimientos, explican la rivalidad. La connotación «popular» del movimiento debía ser la réplica a los dos partidos políticos que mayor competencia podían ejercer en este contexto: el partido progresista, demasiado elitista, y, sobre todo, el POB, demasiado «reductor», del que el programa se limitaba, se decía, a la defensa de los obreros, excluyendo los intereses de otros grupos.